

# UN ANÁLISIS NORTEAMERICANO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN 1913

*John P. HARRISON*

HISTORIADORES Y POLEMISTAS de México y de los Estados Unidos han estudiado muchas veces la política del presidente Woodrow Wilson en sus relaciones con México, de ordinario con una mirada enturbiada por los préjuicios; pero nunca, que yo sepa, se ha tomado en consideración el callejón sin salida que se presentó cuando los sólidos y respetables hábitos de la diplomacia del siglo xix se enfrentaron a la primera gran erupción social que se produjo en el siglo xx: la Revolución mexicana.

Prescindiendo de los problemas fronterizos, el objeto primordial de la diplomacia durante el siglo pasado era proteger las personas y las propiedades de los connacionales en un país extranjero y fomentar las relaciones comerciales. Dentro de esta armazón fundamental, cada incidente que surgía se trataba como un asunto aparte y bien delimitado. Lo que importaba era la pulcritud y delicadeza con que el diplomático llegaba a la finalidad propuesta. Pero quedaba totalmente fuera de cuestión el pedirle a un diplomático que tuviera un concepto de responsabilidad nacional frente al conjunto de habitantes del país extranjero como único medio de tratar con una nación presa de las angustias de una revolución social. Semejante actitud tenía que convertir las relaciones extranjeras de un país en parte más intrínseca de la política nacional que bajo los sistemas anteriores y, por consiguiente, las negociaciones diplomáticas tenían que llevarse a cabo de manera más abierta y estar más sujetas a la crítica de la prensa; en una palabra, la población total de las dos naciones debía interesarse de manera más inmediata en esos negocios.

Ahora bien, todo ello estaba en abierta pugna con el concepto que se tenía del arte de la diplomacia.

Cuando la base de la política de los Estados Unidos con relación a México pasó a ser la convicción del presidente Wilson de que cada nación —y de modo especial una gran potencia— tenía una responsabilidad moral frente a las naciones hermanas, la reacción del personal del Departamento de Estado —funcionarios legalistas y tradicionalistas— fue prácticamente una actitud de rebelión. La manera como esos funcionarios recibieron un concepto tan nebuloso la encontramos perfectamente expresada, en el año 1909, por el subsecretario Alvey A. Adee, que había militado en la burocracia durante casi cuarenta años. Refiriéndose a la sugerencia de que los Estados Unidos cooperaran, en un nivel internacional, en las investigaciones acerca de los escándalos del hule de Putumayo, Adee observaba que la disputa de límites entre el Perú y el Ecuador hacía inconveniente semejante paso en tal momento, y que la conveniencia estaba primero que el humanitarismo, pese a las responsabilidades que se quisieran hacer derivar de la Doctrina Monroe. Y no es difícil encontrar otros ejemplos de oposición al nuevo programa wilsoniano de parte de diplomáticos de carrera. El propio Adee vio con muy malos ojos las averiguaciones que el presidente Wilson llevaba a cabo acerca de los envíos de armas que en otros tiempos se habían hecho a México. En cierto momento, el subsecretario Huntington Wilson escribió una indignada carta en que renunciaba a su puesto. Y también renunció John Bassett Moore, que era en sus tiempos la autoridad número uno en derecho internacional.

En los momentos de la elección de Francisco I. Madero, los Estados Unidos estaban representados en México por Henry Lane Wilson, quien se ufanaba de ser, en toda la historia de su país, el que había estado durante más tiempo, de manera continua, a la cabeza de una misión diplomática. El embajador Wilson, al igual que los 75,000 norteamericanos que residían en México —y al igual que la mayor parte de los principales políticos mexicanos— no llegaba a entender qué cosas

estaban ocurriendo en el país entre los años de 1910 y 1913. Le encantó la idea de colaborar activamente con los cabecillas de un cuartelazo, único tipo de revolución que era capaz de imaginar, cuando Huerta le ofreció esa oportunidad en febrero de 1913. El presidente Wilson, que no se decidía a reconocer a Huerta por razones de moralidad constitucional, pidió a la Embajada norteamericana en México una serie de respuestas concretas a cierto cuestionario que le enviaba; la respuesta del Embajador consistió en referirse abiertamente a la nueva administración democrática de los Estados Unidos como a "una manada de necios y viciosos". Aunque quizá no aprobaran semejante vocabulario, es seguro que los demás funcionarios de la Embajada y los cónsules más importantes de los Estados Unidos en México —con la posible excepción de Arnold Shanklin, cónsul en el Distrito Federal— veían con buenos ojos la línea de conducta del Embajador; y otro tanto cabe decir de la inmensa mayoría de los ciudadanos norteamericanos poseedores de intereses inmediatos en México y conocedores de sus asuntos internos. Preferían, como el Embajador, malo por conocido que bueno por conocer.

El Presidente, que no tenía ningún conocimiento personal y detallado de México, se encontró así en una posición insostenible, sin ninguna fuente segura de información en la cual fundar sus decisiones. No tenía más remedio que adoptar una práctica muy típica suya: enviar representantes personales a México para que le hicieran saber los acontecimientos y para que vigilaran las actividades de la Embajada norteamericana. Esta situación, junto con el hecho de que el presidente Wilson era en realidad su propio Secretario de Estado —hasta el grado de que él mismo redactaba los documentos de política exterior en vez de su Secretario—, hace que resulte de la mayor importancia el saber qué informaciones utilizó efectivamente el Presidente. La conservación del archivo personal de Woodrow Wilson y del archivo del secretario Bryan (bastante completos ambos) en la División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso, la posibilidad de consultar todos los documentos del Departamento de Es-

tado relativos al período de la Revolución mexicana, la existencia de cuatro volúmenes de correspondencia entre Bryan y Wilson (años 1913-1915) en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos, y finalmente, la conservación de los documentos personales de otras figuras públicas que desempeñaron un papel importante en las negociaciones entre México y los Estados Unidos —por ejemplo, los de John Lind, que se guardan en la Minnesota Historical Society—, todas estas circunstancias contribuyen a que un diligente investigador pueda determinar qué cosas leyó Wilson y en qué momento las leyó. De ese modo es posible apreciar cada una de las decisiones del presidente Wilson con respecto a México durante 1913-1915 a la luz de los hechos que llegaban a su conocimiento.

El documento que en seguida publicamos no está dirigido a Wilson, pero éste lo leyó, según lo demuestra una nota que le escribió al secretario Bryan. Es una carta escrita por John Lind, el primer representante personal del presidente Wilson en México investido de carácter diplomático; no es un comunicado oficial acerca de sus negociaciones, sino un juicio personal acerca de todo el panorama mexicano, basado en las observaciones hechas por él entre el 9 de agosto y el 19 de septiembre de 1913. El original de esta carta —doce páginas escritas de puño y letra de Lind— se conserva en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos. Es ejemplar único, pues no hay copias. En cambio, los telegramas oficiales de Lind al Departamento de Estado y al presidente Wilson se encuentran en los Archivos Nacionales, en el archivo personal de Wilson, en el archivo de Bryan y en el archivo del propio Lind, que es quizá el que contiene esos documentos en la forma más completa.

En cuanto análisis político, la carta de Lind se ajusta bastante al concepto moderno de los informes diplomáticos. Es, en efecto, un esfuerzo por explicar los factores económicos y sociales básicos que se hallan en pugna en un país, como fundamento para predecir probabilidades futuras, y se aleja del esquema que entonces era habitual: informes detallados

sobre acontecimientos políticos y militares, como fundamento para reclamaciones futuras. La ofrecemos, pues, a la consideración de los historiadores mexicanos, quienes notarán algunos errores de hecho, los consabidos prejuicios y ciertas interpretaciones dudosas, pero también gran número de observaciones agudas.

Sólo hacen falta algunas palabras acerca del hombre que escribió esta carta, a fin de entender mejor las cosas que dice. A los historiadores mexicanos que no conozcan el libro de George M. Stephenson, *John Lind of Minnesota* (University of Minnesota Press, 1935) les importará saber que cinco capítulos de esta biografía, estupendamente documentada, tratan de las actividades que Lind desarrolló en México.

La designación de Lind como representante especial del presidente Wilson en México fue una sorpresa tan grande para Lind como lo fue para el público norteamericano. El 28 de julio recibió un telegrama en que el secretario de Estado Bryan le rogaba que se presentara en Washington para hablar acerca de un asunto importante. Sólo en la Capital pudo averiguar las razones de aquel llamado. No ha quedado ninguna huella escrita de las charlas que tuvo con Wilson y con Bryan antes de salir a México el 4 de agosto. Sus credenciales y sus instrucciones se publicaron en la serie de *Foreign Relations*, y se han reimpresso en varios estudios. Su misión consistía, fundamentalmente, en ver si las elecciones presidenciales anunciadas en México para el mes de octubre se desarrollaban o no en forma constitucional, y si Huerta se abstenía, en efecto, de presentarse como candidato.

La prensa de la época y los comentaristas posteriores coinciden al presentarnos a Lind como un sueco tieso e insensible, sin ninguna experiencia diplomática, sin el menor conocimiento de México y sin saber jota de español. Lo único que justificaba un poco esta designación era su larga amistad con Bryan. Además, Lind poseía ciertas cualidades que seguramente vio Wilson con agrado, por ejemplo, la capacidad de escuchar y la de guardar un secreto (aunque eran cualidades que los periodistas no alcanzaban a percibir). Por otra parte,

Lind sostenía el programa y los ideales de la nueva administración democrática con el celo de un converso, pues durante tres períodos había estado en el Congreso como diputado republicano antes de cambiar de partido hasta llegar a ser, en 1898, el primer gobernador que tuvieron los demócratas en Minnesota. Hombre, además, políticamente ambicioso, había llegado de su Suecia natal antes de cumplir veinte años, y había desarrollado hasta un alto grado su capacidad natural de analizar las principales corrientes sociales y económicas de una tierra extranjera.

En cuanto a los muchos juicios que se han hecho acerca de la misión de Lind en México, las únicas diferencias consisten en la variedad de adjetivos que se han aplicado a la palabra "fracaso". Y, desde luego, si se mide de acuerdo con el grado en que Lind logró llevar a cabo sus instrucciones, este juicio no expresa sino la verdad pura. Sin embargo, conviene recordar que la medalla tiene reverso. En otras palabras, conviene tener en cuenta que las comunicaciones de Lind al presidente Wilson y al Secretario de Estado, escritas casi cotidianamente, deben de haber sido uno de los elementos de juicio más importantes para que Wilson apreciara los sucesos que estaban ocurriendo en México. Debe recordarse que eran despachos que leía el Presidente en persona, y que llegaban a Washington con la suficiente regularidad para tener un efecto persistente y acumulativo sobre el modo de pensar del Presidente.

Nunca ha llegado a hacerse un estudio de la misión de Lind desde este punto de vista. La carta que aquí publicamos ilustra, en la medida en que puede hacerlo un solo documento, la manera como se veía a México desde la Casa Blanca durante el otoño y el invierno de 1913. El lector podrá juzgar por sí mismo hasta qué grado reconocía Lind la desusada conmoción de que se veía rodeado como *la* Revolución mexicana. Y el lector familiarizado con la correspondencia diplomática de la época tendrá la ventaja de poder hacer comparaciones.

JOHN LIND AL SECRETARIO DE ESTADO  
WILLIAM JENNINGS BRYAN<sup>1</sup>

«Veracruz, 19 de septiembre [de 1913].

»Estimado Mr. Bryan:

»Le agradezco muy sinceramente su amable mensaje telegráfico de ayer. Mucho me temo que sea usted más generoso que justo. Hasta este momento, mi tarea no ha sido de ningún modo satisfactoria, y sin embargo, cuando miro atrás, no puedo ver cómo o en dónde pude obrar de manera distinta de como lo he hecho. En todo caso, no creo haber dado ningún paso que ponga en aprietos a la administración. Lo único que habrá podido causarle dificultades es la declaración que hice acerca de las circunstancias bajo las cuales el Presidente [de los Estados Unidos] sería favorable a un préstamo.<sup>2</sup> El Dr. Hale<sup>3</sup> puso en duda la cordura de esa declaración, y yo mismo no me sentí muy seguro en un principio, pero, después de reflexionar, creí necesario escribirla en esa forma para que no se me pudiera malinterpretar; además, mi intención era que todos los banqueros y corredores judíos del mundo supieran *inequívocamente* bajo qué circunstancias y en qué medida tolerarían los Estados Unidos un préstamo dadas las actuales condiciones. En ese sentido, mi declaración ha tenido un efecto sumamente saludable. Aun el 25 % que está ofreciendo el gobierno no es efectivo más allá del alcance de sus bayonetas. En esto, la declaración ha sido de incuestionable utilidad. Sólo espero que no le haya causado a usted demasiadas dificultades allá.

»Al llegar a México, uno de los factores más molestos de la situación era la actitud de los norteamericanos que aquí residen. Por supuesto que el Dr. Hale ya le ha hablado de eso, de manera que no necesito ocuparme del asunto; sólo le diré que, en mi opinión, ha habido un cambio decidido en esa actitud, y un cambio favorable. Los que eran leales sin atreverse a decirlo hace unas semanas, ahora lo proclaman con gran patriotismo. Y quienes acusaban públicamente al Presi-

dente y a su Secretario, ahora se contentan con criticar a Mr. Bryan, con palabras relativamente blandas. Incluso comienzan a admitir la posibilidad de que el Presidente tenga una política definida. Les molesta, por supuesto, que no haya publicado su punto de vista en el *Mexican Herald* o que no se la haya comunicado a ellos. Si mi misión se limitara exclusivamente a los norteamericanos que residen en México, me creería hasta cierto punto justificado en sentirme merecedor de su aprobación. Me parece que he tenido bastante éxito en mis conversaciones con ellos, y creo que el procedimiento ha sido sencillísimo. Al llegar aquí no sabía nada de México ni de los mexicanos, y no vacilé en confesar la verdad a ese respecto. Casi todos los norteamericanos que viven en México lo sabían, y la mayor parte de ellos tenían planes perfectamente elaborados para la pacificación y regeneración del país. Lo único que yo tenía que hacer era escuchar y mostrarme interesado y preguntar cosas. Y ciertamente he preguntado muchas cosas. Como fruto de todo ello, creo que ahora se concede generalmente en la "colonia" que soy hombre seguro y prudente. Al referirme a la situación norteamericana, no puedo menos de expresar un juicio muy deliberado que yo he formulado: que la influencia de Henry Lane Wilson ha sido perniciosa y malévola lo mismo sobre los norteamericanos que sobre los mexicanos.

»Dice usted que mis despachos son valiosos. Me siento halagado al pensar que no le parecen ridículos. Muchas veces he pensado que deben de parecer incoherentes y aun contradictorios. Lo único que tengo que decir es que, cuando uno trata con un pueblo cuyas acciones no están medidas ni gobernadas por las normas a que nosotros estamos habituados, es difícil analizar una situación e imposible hacer proyectos. Por lo menos desde el punto de vista político, los mexicanos carecen de normas. Parecen chiquillos y no hombres. Los únicos móviles que alcanzo a distinguir en sus acciones políticas son el *apetito* y la *vanidad*. Mi lenguaje es rudo, pero me temo que ajustado a la realidad. Todo cuanto dicen sobre el orgullo es necedad pura. El orgullo raras veces los empuja



a la acción, y se limita de ordinario a fanfarronadas, a grandes exhibiciones hechas en el papel, o a discursos inflamados. Muy pocos son los que buscan un puesto para trabajar en serio o para realizar ideales políticos o sociales.

»Debido a esta desdichada situación, así como a lo complicado de las condiciones económicas y sociales —resultado de tres siglos de malgobierno religioso, social y político—, parece casi imposible la solución del actual problema con los recursos políticos y morales del pueblo mexicano. Confieso que casi he perdido toda esperanza, pero no quiero que usted vaya a sacar la conclusión de que pienso relajar ni un punto mis esfuerzos para llevar a cabo lo que todos nosotros esperamos y deseamos, según las instrucciones y el espíritu de la misión que se me ha encomendado. Al hacerle sufrir a usted esta carta tan larga, mi propósito es señalarle brevemente los obstáculos que me parecen más insuperables. Ya he hablado de la escasa confianza que tengo en la eficacia moral y política del pueblo; sin embargo, aquí necesito agregar que, según la opinión constante de centenares de personas inteligentes (norteamericanos o de otras nacionalidades) con quienes he hablado, los indios, y de manera especial los de los Estados sureños, hacen concebir grandes esperanzas, lo mismo en el terreno moral que en el económico. Su capacidad potencial de progreso no parece hallarse limitada, como en el caso del negro norteamericano. En el Valle de México la raza india es inferior, estragada por el pulque, el vicio y la opresión. A juicio de los mejor informados —me refiero a hombres como el señor Clark, director general de los Ferrocarriles Mexicanos—, la esperanza de México se funda en su sangre indígena, y no en la descendencia mezclada de los antiguos españoles moriscos. Sin embargo, esto no pasa de ser mera especulación de mi parte, y simple repetición de conceptos que han llegado a mí por distintos conductos. Ya he indicado en mis telegramas que la cuestión agraria es un factor vital de la situación, pero quisiera examinar el tema con mayor detalle. En el Estado de Oaxaca los indios están, por lo general, en posesión de las tierras de sus antepasados. Las comunidades campesi-

nas poseen en común tierra suficiente, de manera que siempre hay solución para el problema del aumento normal de la población. Los oaxaqueños son bastante industriosos en su propio interés, y de entre ellos salen trabajadores verdaderamente excelentes, y son capaces de gran destreza industrial; el 40 % de ellos no suele beber, y el otro 60 % se entrega a borracheras periódicas (de ordinario en las fiestas de la Iglesia),<sup>4</sup> pero pocos son los borrachos consuetudinarios. Por regla general, no se someten voluntariamente al sistema de trabajo por enganche, sino que forman grupos de doce a veinte hombres, eligen a uno de ellos como portavoz y aceptan contratos para desmontar la tierra, cosechar la caña de azúcar, etc.; este procedimiento se parece mucho a la manera como los campesinos se organizan en el Estado de usted y en el mío para tomar una "sección" de trabajo en la construcción de vías férreas. Son muy celosos de sus derechos, y no vacilan en sacrificar su vida cuando se oponen, por ejemplo, al nombramiento de un hombre inconveniente o impopular como jefe político. Durante los últimos tres años no han estado en rebelión un solo momento, y no es probable que se rebelen si se les deja solos. Hay en el Estado algunas bandas de salteadores, pero no muy numerosas; si en nuestro país se hubieran suspendido virtualmente o hubieran dejado de existir durante cierto período la ley y el orden, habría estas mismas bandas, y quizá más numerosas.

»Hay otros tres o cuatro Estados en los cuales las condiciones generales son más o menos las mismas que prevalecen en Oaxaca. Pero en el Estado de Morelos, que queda cerca, que tiene más o menos el mismo clima, que está poblado también por aborígenes, y que es, según se dice unánimemente, el Estado más rico y hermoso de México, la situación es radicalmente distinta. Aquí la tierra fue repartida entre los conquistadores y entregada a la Iglesia en los primeros tiempos. La parte cultivable de la tierra está ocupada por enormes haciendas, cuyos dueños son unos cuantos propietarios que residen en el extranjero o en la ciudad de México. Los indios han quedado reducidos a un abyecto peonaje desde hace mu-

chas generaciones. Viven en cabañas en las inmediaciones de la hacienda, como usted lo habrá observado sin duda en sus viajes. El capataz de la hacienda, que suele ser un español brutal, ejerce un dominio absoluto sobre ellos, y la ley y la costumbre le dan la facultad de infligir castigos corporales. Si de resultas del castigo muere alguien, nunca se hacen averiguaciones. El jornal son veinticinco centavos plata y un litro de maíz. A algunos de los peones se les permite labrar una parcelita de tierra "a medias", y poseer y criar algunas cabras (en algunos casos, muy raros, hasta una vaca). Si dan señales de la menor inclinación a acumular más propiedades o a tener más de una vaca, se les juzga "ciudadanos indeseables", se les acusa de cualquier crimen forjado y se les envía al ejército. El hacendado es dueño de una "tienda de raya" donde todos los peones tienen crédito abierto; y una vez que adquieren una deuda, quedan clavados en el lugar por toda la vida, en virtud de las leyes mexicanas. Hay aquí un procedimiento jurídico, no muy distinto del auto de *ne exeat* del antiguo derecho consuetudinario inglés, en virtud del cual un patrón puede impedir que un trabajador abandone su servicio mientras tenga alguna deuda.

»El sistema de trabajo por "enganche" que prevalece en muchas de las grandes propiedades poseídas o usufructuadas por norteamericanos, no difiere prácticamente del método de las haciendas que acabo de pintarle; la única excepción es que los norteamericanos, por regla general, son más humanitarios y considerados en la manera como tratan a sus trabajadores, y les ofrecen mejor comida y mejores condiciones higiénicas. En compañía del almirante Fletcher pasé un día en una finca norteamericana y observé en cada uno de sus detalles el sistema que en ella se practica.<sup>5</sup> El administrador —un tal Mr. Emory— vivía en nuestro Estado [Minnesota] hace unos veinte años.<sup>6</sup> Tomó parte muy activa en la vida pública —como "demócrata"—, y fue miembro del Consejo de Regentes de nuestra Universidad; es, por su sangre y por su cuna, un hijo de la Nueva Inglaterra.<sup>7</sup> Tiene ahora casi setenta años, pero sigue siendo un magnífico representante del hom-

bre norteamericano, desde el punto de vista físico, intelectual y de la eficacia en general. Sin embargo, tanto el almirante como yo quedamos atónitos y mudos de sorpresa al oír a Mr. Emory hablar de manera elocuente y persuasiva sobre la utilidad y las ventajas que semejante sistema ofrece lo mismo a los trabajadores que al propietario. Nos mostró a los hombres trabajando en los cañaverales en grupos de diez o doce, cada grupo con un capataz, armado de un látigo muy flexible y eficaz y de una colt 44 en el cinto. Al final de las hileras, unas veinte varas adelante, estaba otro hombre de guardia con un rifle de repetición. La disciplina de los trabajadores, hasta el punto de ser privados de la vida, está totalmente en manos de estos capataces, y nunca se les pide cuentas por nada de lo que hagan, excepto en casos de "extremado abuso de poder". Con todo, sería muy parcial e injusto para con Mr. Emory emplear aquí un lenguaje que indicara que está abusando del sistema. Por el contrario, es probable que él haya trabajado más que ningún otro hombre de México por hacerlo tolerable, tal como lo aplica en su finca. Pero lo que verdaderamente nos espantó, según le decía antes, fue la defensa que nos hizo del *sistema*. Es partidario ardentísimo del general Huerta, como lo es también Mr. Catlin —el que lo visitó a usted—, como lo son asimismo *todos* los norteamericanos colocados en una situación parecida. Son absolutamente sinceros en sus opiniones. Han dejado de ver las cosas con ojos norteamericanos, pero no son conscientes de ello. Mr. Emory, hablando conmigo, deploró la frecuencia y el carácter perturbador de nuestras elecciones.

»Me he metido en estos detalles simplemente para demostrarle a usted qué difícil tarea sería la de convertir a estos hacendados y hacerles ver las cosas a una luz diferente, a la luz del siglo xx; en el curso de unos cuantos años, estos norteamericanos, y "demócratas" para colmo, quedan tan fascinados con semejante método de acaparar el sudor y la sangre de seres humanos, que repudian con el mayor desenfado las más nobles conquistas de nuestro pueblo.

»Pero debo volver a Morelos. Este Estado se ha hallado

constantemente en rebelión durante más de tres años. Aquí es donde surgió el levantamiento zapatista. Las haciendas están en ruinas. Los ingenios y los campos de maíz, consumidos por las llamas; el más hermoso Estado de México, y el más rico, totalmente devastado. No hay siembras, no hay cosechas, no hay industria, y en esos fértiles valles donde hace unos cuantos años se criaban el mejor ganado y los mejores caballos de todo México, hoy apenas se podrá ver una cabra. Todos los hombres físicamente hábiles son "bandidos" en las montañas; los viejos, los muy jóvenes y los enfermos han sido "pacificados". Las mujeres y los niños que han sobrevivido están siendo deportados, o lo han sido ya. El plan del presente "régimen", en el gobierno y fuera de él, consiste en no dejar en el Estado de Morelos a una sola persona de las que en él han nacido. Por un tiempo, se tiene encerrados en campos de concentración a los supervivientes, totalmente indefensos, pues las comunicaciones ferroviarias están interrumpidas, pero lo que se proyecta, en definitiva, es trasladarlos a todos a zonas igualmente despobladas de Estados distantes, y traer a Morelos la gente de esas regiones. *Lo que le digo no son chismes ni especulación mía.* Debo esta información a los más altos funcionarios de México, y el plan se está ejecutando ahora mismo. El agravio que de manera inmediata precipitó la rebelión de Morelos no fue propiamente la situación de la tierra, sino más bien una disputa sobre derechos al agua. Algunos de los indios seguían ocupando todavía un terrenito con derechos de pasto en los cerros, y con ciertos derechos al agua de los cuales habían venido disfrutando desde tiempo inmemorial; pero, como son indios, no se habían preocupado de proteger sus derechos al agua en el registro público, según lo exige la ley. El *obispo* de la diócesis logró tranquilamente que se le cedieran a él los derechos al agua del arroyo que abastecía a la comunidad, e inmediatamente se puso a exigir impuestos sobre el agua, con la amenaza de cortar ésta si no se le entregaban. Al mando de Zapata y de otros cabecillas, los indios se alzaron en actitud rebelde. Naturalmente, fueron acusados de traidores por el gobernador, y

todos ellos han sido excomulgados por la Iglesia. Estos zapatistas han sido "conquistados y sometidos" en masa o por partes semana tras semana desde que yo estoy aquí, pero hoy reconoce el gobierno que siguen tan activos como siempre. En una forma o en otra, y total o parcialmente, la situación de Morelos se está repitiendo en más de dieciocho Estados de México en el momento en que escribo.

»Pero la situación se complica también por una cuestión social —la llamaré así—, tan aguda como la cuestión agraria. En cualquier intento de analizar la situación política y social que hoy prevalece en México es preciso que no pasemos por alto los efectos que ha tenido el contacto del peón mexicano con nuestra civilización a lo largo de la frontera nacional, en nuestra escuelas, y a lo largo de las líneas de los Ferrocarriles Nacionles durante más de un cuarto de siglo. Muchos han saboreado las dulzuras de la independencia y la seguridad personales, y las de un nivel más alto de vida. Casi todos los mecánicos y obreros que trabajan en los ferrocarriles son ahora indios mexicanos. Y todo el mundo conviene en que son buenos mecánicos, dignos de confianza y bastante eficaces en todos los trabajos que se les encomiendan. Tienen dinero suficiente para casarse como Dios manda, lo cual es una especie de lujo bajo los auspicios de la Iglesia mexicana. Llevan una vida muy ordenada, y la ambición de todos ellos es dar una buena educación a sus hijos, pese a la oposición de la Iglesia. Respiran la atmósfera del siglo xx, siquiera sea en una forma rarificada. Se está forjando una clase media. Se están transformando en demócratas por su contacto con la democracia y por la fuerza de las circunstancias —de manera muy parecida a como nuestros ciudadanos se han convertido en aristócratas, por su temple y sus ideales, en las grandes plantaciones y en las empresas corporativas de gran envergadura—; y, a medida que el mexicano del Norte se va haciendo demócrata, crece su odio contra las condiciones sociales y económicas del Sur y contra el viejo régimen, que no ha cambiado desde el siglo xvi. Para los ojos de los norteros, Huerta y sus secuaces son la encarnación física de

todo lo malo, en el Estado y en la Iglesia. Pero la nueva levadura no sólo se halla en efervescencia en el Norte. Aparece asimismo, en forma esporádica, en muchas otras regiones del país. Nada menos aquí, en Veracruz, ha habido varias huelgas de los empleados de la Compañía Terminal. Los estibadores del muelle ganan ahora dos pesos diarios, y los cargadores ganan tres. El patrón —un norteamericano, hombre excelente por lo demás— es, por supuesto, un decidido partidario de Huerta. No quiere que haya más huelgas, ni tampoco que prevalezca una situación que las haga posibles. Las huelgas trastornan los negocios y, de paso, afectan los dividendos. Es siempre la vieja historia, la viejísima historia. Por cierto que las huelgas son bastante frecuentes en la costa del Golfo.

»Si usted ha tenido la paciencia de seguir mi mal hilvanada relación de calamidades, comprenderá en este momento por qué algunas veces pierdo la fe y soy pesimista. No soy pesimista por naturaleza, pero la situación es tan abrumadora cuando la contemplamos cara a cara, que cuesta mucho trabajo alentar alguna esperanza. Por mucho que me esfuerce, me siento incapaz de trazar mentalmente ningún plan positivo que se funde en recursos mexicanos. En un sentido lato, la situación que reina hoy en México no deja de ser parecida a la de los Estados Unidos en los días que precedieron inmediatamente a la guerra civil; y si nuestra nación, poseedora de tan vastos recursos de experiencia política y de sentido común, se vio incapaz de resolver el problema sin echar mano del último expediente, ¿será por ventura razonable esperar que esta gente, tan desarmada desde el punto de vista político, consiga mediante una política de toma y daca y mediante una paciente reforma lo que nosotros mismos no fuimos capaces de hacer? Es indudable que la prolongada paz del régimen de Díaz echó los cimientos de las aspiraciones sociales y económicas que ahora han despertado en el pueblo mexicano, pero la represión absoluta de toda actividad política durante más de una generación dejó al pueblo, según me parece a mí, totalmente incapacitado para hacer frente a la compleja situación que ahora tiene ante sí.

»Cuando considero *negativamente* la cuestión, hay ciertas proposiciones que me resultan evidentes. La primera es que Huerta y el huertismo no resolverán el problema. Una de las preguntas que suelo hacer a los partidarios de Huerta es ésta: "Si los Estados Unidos reconocieran a Huerta y lo dejaran hacerse de dinero para sofocar la actual rebelión, ¿sería ése el fin de las rebeliones en México?" En todos los casos de que puedo acordarme, la respuesta ha sido: "No." Mi segunda pregunta suele ser ésta: "A juicio de usted, ¿cuánto tiempo durará la paz?" Los cálculos han oscilado entre dieciocho meses y tres años. A veces pongo otro nombre en lugar de Huerta, y menciono a Díaz, a Carranza, a Gamboa, pero el resultado es sustancialmente el mismo. Todos los hombres que piensan se dan cuenta de que no puede haber paz duradera si no se llevan a cabo ciertas juiciosas y sustanciales reformas económicas y sociales. Los viejos elementos "científicos" y clericales no quieren que haya *ninguna reforma*. Hablando conmigo, Huerta acusó de "socialistas" a los rebeldes del Norte, y a todos los demás rebeldes de "bandidos". Por el momento, el Sur no toleraría a un hombre del Norte que tenga cualquier clase de ideas "heréticas". Se rebelarían tal como se rebeló Félix Díaz, y en todo el panorama no se ve a un solo hombre que dé muestras de mayor capacidad política que Madero, y Madero resultó, desde el punto de vista político, un fracaso. Pero me estoy metiendo en digresiones; Huerta es imposible, y me alegro de decirle que está fuera de consideración.<sup>8</sup>

»Una intervención en este momento —a no ser que se nos forzara a ello— sería completamente indeseable. En primer lugar, porque nuestras propias actividades en nuestro país hacen que resulte inconveniente desviar la atención pública de las cuestiones nacionales cuya solución urge. En segundo lugar, porque el momento no es oportuno; los mexicanos no han demostrado todavía ante el mundo la total impotencia de que yo los he acusado. En tercer lugar, porque puedo haberme equivocado en cuanto a los cálculos que me he arriesgado a hacer sobre su capacidad. La Providencia puede



venir en su socorro de alguna manera inescrutable, y, por otra parte, me parece que la equidad les da derecho a otra oportunidad, especialmente si hacen un honrado esfuerzo por aceptar las sugerencias del Presidente.

»Pero, descartada la intervención, no veo otro camino abierto que no sea violentar las cosas hasta hacerlas llegar a un desenlace, según la dirección que ahora han tomado. Repito que no me siento muy confiado en cuanto al resultado final, pero de todos modos creo que vale la pena seguir insistiendo. En consecuencia, cuando le llegue la presente yo estaré probablemente de regreso en la Capital. Es evidente que el señor Gamboa le ha estado diciendo al oído a Mr. O'Shaugnessy<sup>9</sup> que sería mejor para mí andar más cerca de él, pero yo creo que sería poco cuerdo de mi parte dar un paso en esa dirección mientras el señor Gamboa no esté dispuesto a declarar de manera inequívoca lo que piensa.

»El Congreso no va a ser tan fácil de manejar como algunos esperaban. La situación puede llegar a una crisis antes de que la presente llegue a sus manos. En tal caso, una de las posibilidades es que Huerta se declare dictador, y usted me perdonará si le digo a grandes rasgos lo que pienso que convendría hacer entonces. Si Huerta inaugura un reinado de terror, y especialmente si quedan suprimidas todas las posibilidades de salir de México, será necesaria una intervención inmediata; en cambio, si las cosas siguen la corriente de ahora y no hay más que algún asesinato de vez en cuando, me siento fuertemente inclinado a la idea de que el reconocimiento de los rebeldes sería un paso preliminar muy cuerdo. Los cabecillas de la rebelión podrán no tener un valor muy especial como hombres, pero el movimiento, en su conjunto, tiene más mérito que el huertismo; podrá dar lugar a algo bueno, y en todo caso hay ciertas consideraciones de orden práctico que no debieran pasarse por alto. Si los Estados Unidos intervinieran ahora, me agrada la idea de que algunos de los rebeldes se declararían probablemente en contra nuestra; y, aunque no considero la intervención como asunto serio desde un punto de vista militar, sería justo, en todo

caso, dejarlos gastar algunas municiones y agotar sus energías antes de que nosotros apareciésemos en la escena. Y para que usted no se sienta incomodado con estas opiniones mías, le contaré algo de una entrevista que tuve el otro día con el Rev. Mr. Vanderbuilt,<sup>10</sup> misionero presbiteriano. Mr. Vanderbuilt está en México desde hace más de veinte años, es un buen observador y quiere a los mexicanos. Después de charlar durante una hora, le pregunté: “¿Qué cosa sugeriría usted?” —“Bueno —me contestó—, yo soy un hombre de paz, pero si tuviera el poder necesario, haría que los rebeldes del Norte consiguieran todas las armas y todo el parque que necesitan.” Y, por raro que parezca, éste fue el remedio que sugirió también una delegación de ministros protestantes mexicanos que vinieron a visitarme.

»Bueno, estoy cansado y me da flojera revisar lo escrito. Usted comprenderá las circunstancias y no leerá esto con ojo crítico. No he pretendido hacer un informe oficial. El calor es a veces bastante sofocante, pero mi mujer y yo nos sentimos muy bien. El cónsul, Mr. Canada,<sup>11</sup> es uno de los hombres más buenos y de cabeza mejor equilibrada que he conocido en el servicio exterior. Hágame el favor de dar mis recuerdos al Dr. Hale. Felicito a la administración por la situación que reina en el Congreso. Es espléndida. Da gusto ser demócrata en estos días, aunque sea aquí en Veracruz.

»Cordialmente suyo,

[firmado] John Lind.»

*Hon. H. J. Bryan,*  
*Washington.*

#### NOTAS

<sup>1</sup> National Archives of the United States, General Records of the Department of State, *Bryan-Wilson correspondence*, vol. 1. En los cuatro volúmenes de esta colección (años 1913-1915), las cartas se encuentran dispuestas en orden cronológico, pero no están numeradas.

<sup>2</sup> Este pasaje, hasta la conclusión del párrafo, se refiere a una declaración que Lind entregó a Federico Gamboa, ministro de Relaciones Exteriores, en la cual decía que si el gobierno de México se plegaba a

ciertas condiciones —1) las elecciones, convocadas para el 26 de octubre de 1913, se celebrarían de acuerdo con la Constitución y las leyes de México; 2) el general Huerta tendría que dar garantías de no presentarse como candidato en esas elecciones; 3) todos los partidos convendrían en ajustarse a los resultados de las elecciones—, el presidente Wilson daría seguridades “a los banqueros norteamericanos y a sus socios... de que el gobierno de los Estados Unidos vería favorablemente el otorgamiento de un préstamo cuyo monto fuera suficiente para que el gobierno *de facto* de México atendiera a las necesidades del momento”. Lind dijo que presentaba este ofrecimiento en el mismo espíritu en que había tenido su conversación anterior con el ministro Gamboa, “pero en esta forma más restringida, a fin de que el gobierno *de facto* pueda tomar su decisión sin necesitar de la cooperación o de la intervención de alguno otro de los factores de la situación actual”. Gamboa replicó a esta propuesta en una nota fechada el 26 de agosto de 1913, de la cual se publicó una traducción inglesa en *Papers relating to the foreign relations of the United States, 1913*, Washington, 1920, pp. 832-835. En su largo rechazo de la propuesta, Gamboa se mostraba especialmente indignado de que Lind siguiera rebajando a la administración de Huerta llamándola “gobierno *de facto*”.

Desde la experiencia que había tenido con la baja de precios de los productos agrícolas, acompañada por el alza de precios de los artículos industriales, durante los años 1880-1900, Lind veía con gran desconfianza las actividades de la banca neoyorquina e internacional. Al igual que su jefe, el secretario de Estado Bryan, creía que el oro o el patrón único eran contrarios a los intereses del agricultor, y que los intereses del dinero ejercían excesivo dominio sobre la economía nacional y sobre el bienestar humano. Su ojeriza contra las grandes operaciones financieras data de la experiencia que tuvo con la baja de precios agrícolas en Minnesota, y explica su desabrida alusión a los banqueros en este documento. Con respecto a México, Lind temía, naturalmente, que las instituciones bancarias concedieran a Huerta grandes préstamos a muy elevados intereses, con el resultado de que los Estados Unidos tendrían que soportar el régimen de Huerta, o que, si no, serían impotentes para poner freno a la ayuda extranjera a Huerta si sus deudas financieras para con ellos crecían demasiado. El punto de vista de Lind se parece mucho al de Bryan, el cual, en una carta al presidente Wilson, criticaba las operaciones que los financieros realizaban en la América latina, diciendo que exigían “intereses muy elevados y un descuento enorme para *cubrir el riesgo que se echaban encima* y luego recurrían a su gobierno para *eliminar el riesgo*”, quedando de ese modo “en posesión del porcentaje exigido a causa del riesgo”.

<sup>3</sup> William Bayard Hale, doctor en teología, periodista y biógrafo político del presidente Wilson, fue enviado a México para llevar a cabo ciertas investigaciones especiales, pues el Presidente no tenía confianza

en las informaciones que le llegaban de la Embajada de los Estados Unidos en México. Durante el mes de mayo, el presidente Wilson habla estado pensando muy en serio en la conveniencia de reconocer a Huerta; pero el informe de Hale de 18 de junio de 1913 (escrito en 33 páginas) lo convenció de que las relaciones del embajador Henry Lane Wilson con Huerta entre el 9 y el 21 de febrero habían sido de tal naturaleza, que la continuación del poder en manos de Huerta sería un constante cáncer maligno en las relaciones extranjeras de los Estados Unidos. Después de documentar las actividades del embajador Wilson durante la decena trágica y en los días inmediatamente posteriores a ella, Hale concluía: "No puede ser sino motivo de dolor el hecho de que este episodio, quizá el más dramático en que se ha visto envuelto un funcionario del servicio diplomático norteamericano, sea un episodio de simpatía con la traición, la perfidia y el asesinato en un asalto contra el gobierno constitucional." Es sorprendente que este documento clave de las relaciones entre México y los Estados Unidos sea desconocido para casi todos los que se dedican especialmente al estudio de la Revolución mexicana. Nunca se ha publicado.

<sup>4</sup> Posteriormente, Lind fue acusado por la Iglesia católica en los Estados Unidos de tener injustificados prejuicios contra la Iglesia. Cuando en 1914 se sugirió que se le enviara al Norte de México como representante especial de los Estados Unidos antes las fuerzas de Carranza, el presidente Wilson declaró que no sería posible ese nombramiento, a causa de la oposición de la Iglesia católica. El nombramiento recayó en Hale.

<sup>5</sup> El contraalmirante Frank F. Fletcher asumió el comando de las fuerzas navales de los Estados Unidos en la costa oriental de México el 14 de julio de 1913. Fue él el comandante de las fuerzas norteamericanas durante la ocupación de Veracruz el 20 de abril de 1914. En una carta de 4 de septiembre de 1913 al secretario de Marina Josephus Daniels, Fletcher describe en los siguientes términos esta misma visita de que habla Lind: "Acabo de regresar de un viaje que hice con [Lind], cuarenta millas tierra adentro, a una gran plantación azucarera, donde sentimos de cerca y contemplamos con nuestros propios ojos las deplorables condiciones que son el fundamento de la lucha destructora que ahora tiene lugar en esta nación. Vimos a doscientos trabajadores enganchados a quienes se encierra a las 5.30 de la tarde y se saca luego a las 6 de la mañana para trabajar en los campos. El capataz inflige castigos a su capricho, y, según se nos dijo, raras veces se hacen averiguaciones sobre su conducta, aun en caso de que uno de los hombres muera a sus manos. Se trata de la peor esclavitud; y es una instructiva lección de cosas, aunque muy sorprendente, escuchar los argumentos con que se la justifica, alegando que es ése el único método eficaz. Me alegro de que Mr. Lind haya visto esto."

<sup>6</sup> Sloan M. Emery era presidente y administrador de La Vista Her-

mosa Sugar and Mercantile Company, hacienda de más de 6,000 hectáreas a lo largo del río Tinto, en el Noreste de Oaxaca. Fue expulsado de esa finca por las fuerzas huertistas en abril de 1914, después de haber residido catorce años en México. En el testimonio de Emery ante la Comisión de Relaciones Extranjeras del Senado en 1920 (Sen. Doc. n<sup>o</sup> 285, 66th Congr., 2d sess., pp. 2203-2228) hay siete páginas en que describe la visita de Lind.

7 Emery, lo mismo que Lind, había formado parte del Consejo de Regentes de la Universidad de Minnesota. Sin embargo, no había nacido en Nueva Inglaterra, sino en Texas, y residió en Mississippi después de salir de México.

8 Esta prematura declaración se debe a la ingenua confianza que tenía Lind en un pasaje de la nota de 26 de agosto del ministro Gamba, donde se decía que la Constitución mexicana prohibía que el presidente provisional se presentara como candidato en las elecciones de octubre.

9 Nelson O'Shaughnessy quedó como encargado de negocios de los Estados Unidos cuando el embajador Wilson salió de México el 17 de julio. Tenía muy estrechas relaciones personales con Huerta, quien lo llamaba "hijo" públicamente. Su mujer Edith, en su libro *A diplomat's wife in Mexico*, llama a Lind el "cloister agent". La señora O'Shaughnessy no veía con fe ni con simpatía la misión de Lind, y de manera general la horrorizaba la diplomacia wilsoniana, con su insistencia en la responsabilidad moral de una nación y no propiamente en el peso legalista de la precedencia que era lo que propugnaba el héroe de esta dama, John Bassett Moore.

10 El Rev. William E. Vanderbilt, doctor en teología, estuvo en México como misionero de 1896 a 1917. Dependía del Consejo de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos. Su correspondencia con el Consejo durante este período de veintitún años se conserva en el archivo del Board of Foreign Missions, Nueva York.

11 William N. Canada era cónsul de los Estados Unidos en Veracruz. Mantenía relaciones personales muy amistosas con Lind, pero estaba en total desacuerdo con la manera como éste interpretaba las cosas que estaban ocurriendo en México, y llegó a criticar la informalidad de conducta de Lind en Veracruz, sobre todo por su costumbre de celebrar largas conversaciones en los restaurantes con carrancistas conocidos.